



Toni Negri: Valor y afecto

En el curso de las polémicas que desde hace doscientos años han acompañado el desarrollo de la teoría del valor en la economía política, no creo que se haya conseguido jamás desligar el valor del trabajo -hasta las corrientes marginalistas y las escuelas neoclásicas (que tenían vocación de operar esta desconexión) están obligadas a volver a tomar en consideración esta relación (y lo que la sostiene: el trabajo vivo de masa) cada vez que se encuentran confrontadas con la política económica en concreto. En la elaboración teórica neoclásica, el análisis de las relaciones de mercado, empresariales, financieras y monetarias, rechaza en principio toda referencia al trabajo. De hecho, la silencia. No es por casualidad que, cuando los neoclásicos se enfrentan a decisiones políticas, la teoría del valor-trabajo resurja (y los tetanice) en el lugar preciso en el que los fundadores de la teoría la habían colocado: en EL LUGAR DEL CONFLICTO (y de la mediación eventual) de la relación económica en tanto que relación social, donde se constituye la ontología de la teoría económica.

Lo que ha cambiado de manera irreversible, desde la época en que la teoría clásica del valor dominaba, es la posibilidad de desarrollar la teoría del valor en términos de orden económico, y también la consideración del valor como medida del trabajo concreto, sea éste individual o colectivo. Las consecuencias económicas de esta dificultad son tan importantes como sus presupuestos antropológicos y sociales. Es sobre estos aspectos sobre los que nuestro análisis se detendrá -sobre esta novedad que transforma la teoría del valor "desde abajo", desde la base de la vida.

A lo largo de los siglos, durante los cuales se ha efectuado la modernización capitalista (en la transición de la manufactura a la gran industria, por hablar como Marx), la posibilidad de medir el trabajo (que a grosso modo había podido efectuarse durante el periodo de acumulación) se hace cada vez más difícil.

En primer lugar, porque el trabajo -calificándose y complejizándose tanto individual como colectivamente-, ya no podía ser reducido a cantidades simples susceptibles de cálculo;

En segundo lugar, porque el capital, por su financiarización y su estatalización crecientes, hacía la mediación entre los diferentes sectores del ciclo económico (producción, reproducción social, circulación y reparto de rentas) cada vez más artificial y arbitraria, y por lo tanto cada vez más abstracta.

Pero todo esto es prehistoria. En el mercado global, en la postmodernidad, el problema mismo de la medida del valor resulta INENCONTRABLE.

Es verdad que en el tránsito a la postmodernidad, en la fase de las luchas antiimperialistas y anticolonialistas, la teoría del valor-trabajo parece resurgir en términos macroeconómicos como teoría de la división internacional del trabajo, del "intercambio desigual", de la explotación postcolonial. Pero este renacimiento aparente se ha mostrado rápidamente ilusorio, apenas se ha hecho evidente que la complejidad de los procesos productivos, además de estar inmersa en la multinacionalización de la actividad industrial y la globalización financiera, estaba cada vez más intensificada por los procesos tecnológicos de la informática y de la comunicación, así como por la inversión de trabajo inmaterial y científico. Esto no significa que la división internacional del trabajo y la explotación postcolonial hayan terminado. Al contrario, se han acentuado extraordinariamente. Pero han perdido su especificidad (y por lo tanto la posibilidad de reactivar la teoría del valor en los casos concretos) porque ese tipo de explotación está en sí mismo globalizado, ha invadido los territorios metropolitanos y la posibilidad de medir la explotación se ha desvanecido

definitivamente.

En la economía postmoderna y en los territorios de la globalización, la producción de mercancías se hace a través del MANDO; la división del trabajo se da a través del mando; la articulación de las medidas del trabajo se ha disuelto en el MANDO GLOBAL.

Dicho esto, nuestro tema, VALOR Y AFECTO, todavía no ha sido abordado más que a través de la sugerencia de reconsiderar el problema del valor "desde abajo".

En efecto, desde el punto de vista de la economía política, es decir, "desde arriba", la temática del VALOR-AFECTO está hasta tal punto integrada en el proceso macroeconómico que se vuelve invisible. La ciencia económica ignora el problema sin ningún remordimiento. Cuando se cruza con él, no le concede reconocimiento alguno. Dos casos, entre otros, son particularmente ejemplares.

El primero concierne el TRABAJO DOMÉSTICO de las mujeres y/o de las esposas/madres. En la economía política tradicional, este dato no puede establecerse en ningún caso sin tomar en consideración el salario, directo o indirecto, del trabajador (macho, padre de familia); y más recientemente, sin tomar en cuenta las técnicas disciplinarias del control demográfico de las poblaciones (y el eventual interés del Estado -capitalista colectivo- por la regulación económica del desarrollo demográfico). El valor es aquí arrancado del trabajo (de las mujeres, en este caso, esposas o madres), es decir, del afecto.

Un segundo ejemplo, en el extremo opuesto, que ya no tiene nada que ver con los paradigmas tradicionales de la economía clásica, pero sí con una temática perfectamente postmoderna: la de la llamada "economía de la atención". Se entiende con ello el interés de incluir en el cálculo la INTERACTIVIDAD del usuario de los servicios de comunicación. También en este caso, en el que se hace evidente el esfuerzo de absorber la producción de subjetividad, la ciencia económica ignora su consistencia. Se fija en el cálculo de la AUDIENCIA, esconde, controla y domina la producción de subjetividad en un horizonte desencarnado. El trabajo (la atención) es aquí subsumido al arrancarlo del valor (del sujeto), es decir del afecto.

Hay que partir de lo que la economía política ignora para definir "el valor-afecto". Y debemos definirlo a partir de una aparente paradoja que querríamos expresar como sigue: el valor de la fuerza de trabajo es tanto más determinante para la producción cuanto más ineficaz se hace la medida del valor; cuanto más calla la economía política sobre el valor de la fuerza de trabajo, más se extiende e interviene la fuerza de trabajo en el terreno global, biopolítico. En esta dinámica paradójica, el trabajo deviene afecto, o más aún, el trabajo encuentra su valor en el afecto, si éste se define como "potencia de actuar" (Spinoza). La paradoja puede ser por tanto retomada en estos términos: cuanto más pierde la teoría del valor su referencia al sujeto (la medida era esta referencia, en tanto que base de la mediación y del mando), más reside el valor en el afecto, en el trabajo vivo que se autonomiza de la relación de capital, y expresa, por todos los poros del cuerpo -singular o colectivo-, su potencia de autovalorización.

Deconstrucción

Mi primera tesis, deconstructivista e histórica, es que es imposible medir el trabajo, y por tanto ordenarlo y reconducirlo a una teoría del valor, cuando, como ocurre hoy en día, la fuerza de trabajo ya no es ni EXTERIOR ni INTERIOR al mando (ni a la capacidad de estructurar el mando) del capital. Insisto en que ésta es la situación hoy en día. Para aclararlo, consideraremos dos posibilidades:

PRIMERA POSIBILIDAD. La fuerza de trabajo, o el valor de uso de la fuerza de trabajo, se encuentra FUERA del capital.

Esta fue la situación en la que la teoría del valor fue construida, en la época clásica en la que la fuerza de trabajo, siendo exterior al capital, debía ser conducida al interior del mismo. El proceso de acumulación primitiva consiste en llevar al interior del desarrollo (y de su control) capitalista aquella fuerza de trabajo que vivía fuera. El "valor de cambio" de la fuerza de trabajo tiene así su

base en un "valor de uso" que se ha construido en buena parte fuera de la organización capitalista de la producción. ¿En qué consiste este "afuera"? Marx ha hablado mucho sobre ello. Cuando analiza la fuerza de trabajo como "capital variable", alude a una mezcla de independencia y de subjetividad que se organizan:

En la independencia de la "pequeña circulación" (el vínculo con la tierra, la economía familiar, la tradición del don, etc.);

Sobre los valores propios de la "cooperación obrera" como tal, es decir sobre el hecho de que la cooperación constituye un plus de valor que es anterior, o de todas formas irreductibles, a la organización capitalista del trabajo, aunque sea recuperado por ella;

Sobre el conjunto de valores "históricos y morales" (dice Marx) que son continuamente renovados, en tanto que necesidades y deseos, por el movimiento colectivo del proletariado, y producidos por sus luchas. La lucha por el "salario relativo" (sobre la que Rosa Luxemburgo ha insistido con fuerza desde la interpretación particular que ella hacía del marxismo a partir de una perspectiva de producción de subjetividad) representa un dispositivo fortísimo que se pone en marcha a partir de este "afuera". El "valor de uso" se enraíza fundamentalmente fuera del capital, aunque sea siempre de manera relativa.

Una vasta historiografía (que va de los trabajos de E. P. Thompson al de los "obreristas" italianos y europeos de los años 70, y en cuyo interior brilla la obra de la "subaltern historiography" india) describe esta situación y la traduce al lenguaje militante.

Durante un largo periodo histórico, por tanto, el desarrollo capitalista ha experimentado una determinación independiente del valor de uso de la fuerza de trabajo, una determinación que se situaba -relativamente- "fuera" del mando capitalista. El precio del "trabajo necesario" (para reproducir el proletariado) se presenta en este periodo como una cantidad natural (y/o histórica) -de todas formas exterior- que media entre la productividad efectiva de la clase obrera y su inclusión social y monetaria en la sociedad del capital.

La especificidad marxiana, en cuanto a la traducción de la teoría clásica del valor para fines revolucionarios, se funda también sobre la toma en consideración de la extrañación (relativa) de la consistencia del "valor de uso" de la fuerza de trabajo con respecto a la unidad del mando capitalista sobre el desarrollo de la acumulación. Podemos añadir que medir el valor, para Marx, era utilizar una unidad de medida que se formaba fuera (o en cualquier caso, al lado) del proceso capitalista de producción y reproducción de la sociedad.

SEGUNDA POSIBILIDAD. La fuerza de trabajo, o su valor de uso, se encuentra en el INTERIOR de la sociedad del capital.

A lo largo de su desarrollo, el capital ha ido reconduciendo cada vez más a la fuerza de trabajo bajo su mando; ha eliminado progresivamente las condiciones de reproducción exteriores a la sociedad del capital y, por consiguiente, ha conseguido poco a poco definir el valor de uso de la fuerza de trabajo en términos de valor de cambio –ya no sólo de manera relativa como en la fase de la acumulación, sino también de manera absoluta. "Arbeit macht frei". No es necesario ser postmoderno para observar como esta reducción (subsunción) del valor de uso al régimen constrictivo y totalitario del valor de cambio se ha impuesto, a partir de los años 30 en Estados Unidos, de los años 50 en Europa, y de los años 70 en el Tercer Mundo.

Ciertamente existen todavía, tanto en el Tercer mundo como en el Primero, situaciones en las que persisten importantes formas de independencia en la formación del valor de uso proletario. Pero la tendencia a su absorción es irresistible. El mundo postmoderno traza una tendencia continua, impetuosa y rápida. Es exacto. Podemos en efecto afirmar que a diferencia de lo que todavía ocurría en la época del análisis marxiano, hoy no es posible una definición del valor de uso que pueda formularse INDEPENDIENTEMENTE, ni siquiera de forma parcial, del valor de cambio.

Por tanto, el cálculo económico, de origen clásico o marxiano, que establecía una unidad de medida independiente (un "afuera") en la base de la dialéctica del capital, ya no tiene razón de ser. Esta desaparición es real; por consiguiente, la teoría de la medida del valor se ha hecho circular y tautológica: ya no hay nada externo que pueda ofrecerle una base de apoyo. En efecto -y aquí

tampoco es necesario ser postmoderno para reconocerlo- a partir de los años 60 (por lo que nos concierne) todo valor de uso está determinado por el sistema de producción capitalista. Más aún: todo valor, que en la teoría de la acumulación no se situaba en un sistema inmediatamente capitalista (como la capacidad social de reproducción, el plus productivo de la cooperación, la "pequeña circulación", las nuevas necesidades y deseos producidos por las luchas), es ahora inmediatamente recuperado y movilizado en el seno del sistema de control capitalista (mundializado).

De este modo, si (en términos clásicos) la teoría del valor tiene que determinar un criterio de medida, no podrá encontrarlo hoy más que en el interior de la constitución global del valor de cambio. Ahora bien, esta medida es el dinero. Pero el DINERO, precisamente, no es una medida, ni una relación con respecto al valor de uso, sino -en este punto del desarrollo- su simple y pura sustitución.

Concluyendo, la teoría del valor ha terminado con su función racionalizadora (así como con su función fundadora) de la economía política. Abandona el desarrollo capitalista en los umbrales de la postmodernidad, transfigurada en teoría monetaria -construida en el horizonte de la globalización, organizada por el mando imperialista. "One dollar is one dollar". El dinero ya no es producto de un régimen de intercambios (entre el capital y una fuerza de trabajo más o menos subjetivada) sino la PRODUCCIÓN de un sistema de intercambios. La teoría del valor queda banalizada como instrumento de la medida monetaria, del orden del dinero.

Pero el valor de la producción no ha desaparecido. Cuando ya no es reconducible a la medida, se hace DES-MESURADO. Quiero subrayar aquí la paradoja de una fuerza de trabajo que ya NO está ni FUERA, ni DENTRO del capital: en el primer caso, el criterio que permitía el control a través de la medida era su independencia relativa (algo que hoy ya no existe: la fuerza de trabajo ha sido "realmente subsumida"); en el segundo caso, el criterio que permitía el mando sobre la fuerza de trabajo pese a la desaparición de la medida, residía en su absorción por el régimen monetario (el keynesianismo, por hablar de la forma más refinada de técnica de control). Pero este segundo criterio tiende también a desaparecer en la medida en que el control monetario se ha hecho completamente abstracto. Tenemos por tanto que concluir que la fuerza de trabajo que encontramos en la postmodernidad (en el sistema global y/o imperialista de la economía capitalista) está situada en un NO-LUGAR con respecto al capital

¿Cómo definir este no-lugar?

Para introducir nuestro análisis, hace falta identificar ante todo el DESPLAZAMIENTO teórico que determina la globalización de la explotación capitalista. Cuando hoy hablamos de globalización, es en un doble sentido: en un sentido EXTENSIVO, en tanto que expansión mundial del tejido productivo a través de los mercados; en un sentido INTENSIVO, en tanto que absorción del conjunto de la vida social por la producción capitalista. En el primer caso, la fuerza de trabajo se presenta en agregados (o subjetividades) móviles, intercambiables, materiales e inmateriales, en los que la potencia productiva está organizada según los dispositivos de movilización (y/o de segregación, de segmentación, etc.): la fuerza productiva se deriva aquí de la circulación. En el segundo caso, la fuerza de trabajo se presenta como tejido social, como población y cultura, tradiciones e innovaciones, etc. -en suma, su fuerza productiva es explotada en el interior de los procesos de reproducción social. La producción se hace coextensiva a la reproducción, en un contexto "biopolítico". (Cuando hablamos de "biopolítico", definimos un contexto de reproducción social que integra producción y circulación, y el dispositivo político que las organiza. No es ahora el momento de profundizar en esta temática: simplemente nos hemos permitido introducir el término). El no-lugar de la fuerza de trabajo queda por tanto negativamente definido por la disolución de la separación entre las diferentes formas de realización del capital -tal y como los clásicos y/o Marx nos la habían transmitido. Al mismo tiempo, queda positivamente definido por la intensidad de la movilización y por la consistencia del lazo biopolítico de la fuerza de trabajo.

Construcción

En este punto podemos ya extraer las siguientes afirmaciones:

La medida del valor-trabajo, basada en la independencia del valor de uso, será en adelante inefectiva;

La regla del mando capitalista que se impone en el horizonte de la globalización anula toda posibilidad de medida, incluso monetaria;

El valor de la fuerza de trabajo se sitúa hoy en un no-lugar; este no-lugar es DESMESURADO.

Entendemos por esto que está FUERA DE TODA MEDIDA pero, al mismo tiempo, MÁS ALLÁ DE TODA MEDIDA.

Para retomar ahora el tema valor-afecto, proponemos profundizar UNO de los temas presentados en la introducción: el del nexo entre producción y reproducción social; y proponemos hacerlo siguiendo las indicaciones que nos ha sugerido la presente investigación:

"desde abajo"

En el "no-lugar" desmesurado.

Para hacerlo es necesario rechazar la vía fácil que se presenta a primera vista: aquella que consiste en reintroducir las figuras marxianas del valor de uso fingiendo renovarlas en contacto con la nueva situación. ¿Cómo trabajan los filósofos y los políticos emplazados en esta perspectiva?

Reconstruyen un valor de uso ficticio que oponen con nostalgia a la mundialización creciente; oponen por lo tanto a la mundialización una resistencia humanista... en realidad, reaparecen en sus discursos todos los valores de la modernidad, y el valor de uso (abierto o subrepticamente) se configura en términos de identidad. Un solo ejemplo: la resistencia de los sindicatos obreros a la mundialización. Para determinarla reasumen territorializaciones e identidad del valor de uso de la fuerza de trabajo e insisten en ello desesperados, ciegos frente a la transformación productiva, incapaces de aprehender la nueva potencia que el no-lugar desmesurado ofrece a la acción productiva. Se nos hace por tanto imposible optar por esta vía. Hay que buscar otra.

¿Pero dónde buscarla? Habíamos dicho "desde abajo". Hasta aquí de hecho habíamos basado nuestro razonamiento en una relación marxiana que llevaba de la producción a la reproducción social, del valor a la realidad biopolítica. En esta relación podía ser incluido –implícitamente- hasta el afecto; podía emerger como "potencia de acción" sobre el límite inferior de la definición del valor de uso. Pero este resultado de la deducción a partir de las condiciones del valor no producía efectos importantes, a menos que fuese asumido abstractamente como elemento de unidad de cálculo. Esto nos conduce a modificar nuestro razonamiento, a renunciar a la deducción y a probar la INDUCCIÓN -del afecto al valor- como esquema de construcción.

Este esquema de construcción ha dado buenos resultados -pero aún no son suficientes para probar la potencia del afecto en su radicalidad y la extensión de los efectos que caracterizan la postmodernidad. Me refiero aquí a las escuelas historiográficas y dialécticas a las que ya hemos hecho referencia (de E.P. Thompson a los "obreristas" europeos de los años 70 y a la "subaltern historiography"). En esta perspectiva teórica, el afecto se retoma "desde abajo". Asimismo se presenta, en primer lugar, como producción de valor. A través de esta producción aparece, en segundo lugar, como producto de las luchas, como signo, como sedimento ontológico de éstas. Por tanto, el afecto se muestra como dinámica de construcción histórica -en toda la riqueza de su complejidad. Sin embargo esto es insuficiente. Desde esta perspectiva, la dinámica de las luchas (y de los comportamientos afectivos) determina en efecto, y en todos los casos, la reestructuración del mando (tecnológico, político, etc.) del capital. El desarrollo del afecto se encuentra atrapado en una dialéctica que acaba presentando su dinámica como una circularidad. Como dialéctica, TOUT COURT. Y no se trata de una buena dialéctica frente a una perversa: todas las dialécticas son pésimas, todas incapaces de liberarse de la efectualidad histórica y sus sortilegios. La dialéctica, -también una dialéctica "desde abajo"- es incapaz de mostrarnos la innovación radical del proceso histórico, la explosión de la "potencia de acción" (el afecto) en toda su radicalidad.

Un esquema de reconstrucción "desde abajo" debe incluir también una percepción del "no-lugar" que pueda librarnos de la dialéctica de la modernidad bajo todas sus formas, incluidas aquellas que

han intentado desarrollar "desde abajo" la construcción dialéctica del afecto. ¿Qué significa entonces unir el enfoque "desde abajo", la percepción del "no-lugar" y la ruptura de toda distancia dialéctica en un recorrido que va del afecto al valor?

En una primera hipótesis, podemos considerar el afecto como una POTENCIA DE ACCIÓN, singular y -al mismo tiempo- universal. Singular porque plantea la acción, más allá de toda medida, que la potencia contenga por sí misma, en su propia estructura y en las reestructuraciones continuas que construye. Universal, porque los afectos construyen una comunidad entre los sujetos. El "no-lugar" del afecto se sitúa en el seno de esta comunidad porque esta comunidad no es un nombre sino una potencia, no es una comunidad de constricciones sino de deseo. El afecto ya no tiene nada que ver con el valor de uso porque ya no es una medida sino una potencia y no encuentra límites sino obstáculos a su propia expansión.

Esta primera cualificación del afecto como potencia de acción nos abre otras cualificaciones.

Podemos en efecto señalar, en segundo lugar, que, si la relación entre singularidad y comunidad (universalidad) no es estática sino más bien dinámica y si en esta relación asistimos a un movimiento continuo entre lo singular que se universaliza y "lo común" que se singulariza, podremos entonces calificar el afecto como POTENCIA DE TRANSFORMACIÓN, como fuerza de autovalorización que insiste sobre sí misma en relación a "lo común" y que por tanto lleva a "lo común" a una expansión que no encuentra límites, tan sólo obstáculos.

Pero este proceso no es formal sino material. Se produce en lo biopolítico. Por tanto, en tercer lugar, hablaremos del afecto como POTENCIA DE APROPIACIÓN, en el sentido de que cada obstáculo superado por la acción del afecto determina una fuerza de acción mayor que la del propio afecto, en la singularidad y en la universalidad de su potencia. El proceso es ontológico, la potencia es ontológica, las condiciones de la acción y de la transformación adquieren una y otra vez el aspecto de una apropiación y enriquecen la potencia de la acción y de la transformación.

En cuarto lugar, podemos reunir estas cualificaciones del afecto como potencia de acción bajo una nueva definición: el afecto es una POTENCIA EXPANSIVA. Esto significa que se trata de una potencia de libertad, de apertura ontológica, de difusión en todas las direcciones. En realidad, podríamos considerar esta nueva definición como un pleonasma. Si de hecho el afecto construye el valor "desde abajo", si lo transforma en una dinámica de "lo común", si se apropia de las condiciones materiales de su propia realización, es más que evidente que moviliza una potencia de expansión. Pero esta definición añade sin embargo un nuevo concepto en tanto que permite insistir en el tono positivo del "no-lugar", en el carácter irresistible del afecto como potencia "más allá de la medida" y en la consiguiente nota absolutamente anti-dialéctica. (Jugando con la historia de la filosofía, que no merece otra cosa que juego, se puede afirmar que mientras las tres primeras definiciones del afecto son spinozianas, esta cuarta definición encubre un acento nietzscheano). La expansividad del afecto en todas las direcciones nos muestra, por así decirlo, el momento en el que el concepto se transvalora hasta determinar la capacidad de sostener el choque frente a lo postmoderno.

Retorno a la economía política

Como el valor está fuera de toda medida (tanto de la medida "natural" del valor de uso como de la medida monetaria), la economía política de la postmodernidad la busca en otros terrenos: en el terreno de las convenciones de intercambios mercantiles y en el de las relaciones comunicativas. Convenciones de mercado e intercambios comunicativos formarían la base de los lazos productivos (y por lo tanto de los flujos afectivos) –fuera de medida, ciertamente, pero susceptibles de control biopolítico. La economía política postmoderna reconoce por tanto que el valor se forma en relación con el afecto, que el afecto es fundamentalmente productivo, etc.: por ello se intenta controlar (y mistificar su naturaleza) limitando su potencia. La economía política debe en todo caso poner la fuerza productiva bajo control, organizándose para imprimir sobre las nuevas figuras de valorización (y sobre los sujetos que las producen) nuevas formas de explotación. Hay que reconocer que, remodelando de esta forma su sistema de conceptos, la economía política

ha hecho un progreso enorme y ha intentado situarse (sin negar la instancia de dominación que la define, pero reproduciéndola en lenguajes originales) fuera de la dialéctica clásica del capital. Acepta la imposibilidad de determinar una medida "objetiva" (trascendente, como en el caso del "valor de uso", o trascendental como en el caso del dinero) de la productividad de la fuerza de trabajo. Se pone por tanto a prueba sobre el terreno marcado por la "producción de subjetividad" o por la subjetividad productiva. El reconocimiento latente que la economía política otorga al hecho que el VALOR es en adelante una INVERSIÓN DE DESEO, constituye una verdadera revolución conceptual. (Por jugar de nuevo con la historia de la filosofía, que es casi siempre una materia misticadora, podemos subrayar lo divertido que es ver hoy valorizada en Adam Smith LA TEORÍA DE LOS SENTIMIENTOS MORALES en vez de LA RIQUEZA DE LAS NACIONES; en Marx los escritos de juventud en vez de EL CAPITAL; La sociología del don de Maus en vez de ECONOMÍA Y SOCIEDAD de Max Weber...). Esta revolución en la economía política es reveladora: se trata de dominar el contexto de los afectos que instauran la realidad productiva como superestructura de la reproducción social y como articulación de la circulación de signos de comunicación. Si es imposible medir esta nueva realidad productiva porque el afecto no es medible, sin embargo, este mismo contexto productivo, tan rico de subjetividad productiva (el afecto) DEBE ser controlado. La economía política se ha convertido en ciencia deontológica. Esto significa que el proyecto de la economía política de las convenciones y de la comunicación es un proyecto de control de una realidad productiva desmesurada.

Pero la tarea es más dura de lo que había imaginado la economía política. Hemos subrayado el hecho de que "desmesurado" significa "fuera de medida" pero también y sobre todo, "más allá de medida". La contradicción principal de la postmodernidad se sitúa probablemente sobre esta diferencia. En su centro, el afecto (y sus efectos productivos). Muy bien, dice la economía política, reconocemos que todo lo que está fuera de medida no puede ser medido, aceptamos que la ciencia económica se convierta en una disciplina teórica no dialéctica. Esto no impide, añade, que este fuera de medida pueda ser controlado. La convención (es decir el conjunto de los modos de vida productivos y de intercambio) y la comunicación (es decir el conjunto de relaciones interactivas que forman el mercado y la conciencia de mercado) ofrecerían por tanto a la economía política la oportunidad de limitar la desmesura del afecto-valor por y en el control. ¡Interesante y titánico esfuerzo el de la economía política!

Porque lo que escapa a la economía política (pero que tetaniza a la política económica) es el otro aspecto: el valor-afecto más allá de medida. Éste es imposible de contener. Lo sublime se ha hecho normal.

Para retomar el análisis

Una economía del deseo está a la orden del día. No solamente en términos filosóficos, sino también en términos (disciplinarios) de crítica de la economía política -es decir, partiendo no tanto del modelo como del punto de vista de Marx: punto de vista del oprimido que construye la insurrección e imagina una reconstrucción revolucionaria, un punto de vista "desde abajo" que construye en toda su riqueza el "no-lugar" de la realidad revolucionaria. El valor-afecto abre la vía a una política económica revolucionaria, en la que la insurrección es un ingrediente necesario, que pone sobre la mesa el tema de la reapropiación del contexto biopolítico por parte de los sujetos productivos.

¿Qué queremos o podemos? Contestar científicamente está más allá de toda medida, y no solamente fuera de medida. Sin embargo es paradójicamente fácil contestar a partir de "lo común", del diálogo entre personas y de cada lucha social cuando los acontecimientos están cargados de afectividad:

Tanta es la distancia entre el ser y el afecto. De hecho, nuestra vida social, por no hablar de nuestra vida productiva, se encuentra sumergida en la impotencia de la acción, en la frustración de no crear, en la castración de nuestra imaginación cotidiana.

¿De dónde viene todo esto? De un enemigo. Pero si para el enemigo es imposible medir el valor, para el productor de valor es irreal la propia existencia del que pretende medir el valor... Hay que destruir al enemigo a partir del afecto. Porque el afecto (la producción, el valor, la subjetividad) es indestructible.

Tony Negri

- * El Imperio y la Multitud. Un diálogo sobre el Nuevo Orden de la Globalización: Antonio Negri y Danilo Zolo 21/02/03
- * Entrevista a Toni Negri: Oponiéndose al Imperio Javier Esteban 1/10/02
- * Quién es Tony Negri
- * Libro Imperio (imperio.zip) (Después de descargar el archivo, hace doble click sobre él para descomprimirlo. Formato htm)
- * Valor y afecto
- * "Tesis preliminares para una teoría del poder constituyente"
- * Manifiesto: He sido acusado de ser el jefe de las Brigadas Rojas
- * La primera crisis del posfordismo
- * El "imperio", supremo estadio del imperialismo
- * ¿Qué quieren quienes protestan en Génova?
- * Manifiesto por la libertad de Toni Negri
- * La producción biopolítica
- * Infinito de la comunicación / finitud del deseo
- * Entrevista con Toni Negri: "Siempre fui y continuaré siendo comunista"
- * «El G-8 es una caricatura; la globalización exige la participación de todos»
- * No es Casualidad que las Luchas se Desarrollen Contra el G-8 o el FMI, el Centro del Imperio
- * Entrevista a Toni Negri: Santiago González / Manuel Fernández-Cuesta